

no tiene un adarme de sentido común; almorzar cuando los demás comen, acostarse a la hora en que las gallinas se levantan... ¿Le incomoda a usted? Buenas noches; no es usted muy razonable, que digamos.

Y tomó la resolución de irse; pero volvió para apagar una de las dos lámparas, murmurando que el rezar hasta tan tarde "era la muerte del aceite". Por último, se fué después de haber limpiado con la manga el paño del altar mayor, que le pareció ceniciento de polvo. El padre Mouret, con los ojos mirando al cielo y con los brazos cruzados contra el pecho, se hallaba solo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIV

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Illuminada con una sola lámpara, que ardía en el altar de la Virgen, en mitad de los ramajes, la iglesia, de extremo a extremo, se llenaba de inmensas sombras flotantes. El púlpito difundía una franja de tinieblas hasta las vigas del techo. El confesionario resultaba una masa negra, recortando bajo la tribuna la extravagante silueta de una garita destrozada. Toda la claridad, suavizada, enardecida por el follaje, adormeciase sobre la dorada Virgen que parecía descender en actitud soberana, llevada por la nube, en que retozaban cabecitas de ángeles alados. Al ver la redonda lámpara brillar en medio de las ramas, habríasela tenido por una pálida luna alzándose en los linderos de un bosque, iluminando alguna majestuosa aparición, una princesa del cielo, coronada de oro, vestida de oro, paseando la desnudez de su divino hijo en el fondo de las avenidas. Entre la hojarasca, a lo largo de los altos penachos, en la amplia bóveda ojival y hasta en el ramaje esparcido por el suelo, deslizábanse resplandores de astros, adormecidos, semejantes a esa lluvia lechosa que penetra en los matorrales en noches claras. Rumores indecisos, extraños crugidos, llegaban de los dos sombríos extremos de la iglesia; el gran reloj, a la izquierda del coro, movíase lentamente con recio aliento de mecánica adormecida, Y la radiante visión, la Madre de las ténues guedejas de cabello castaño, como tranquilizada por la

nocturna paz de la nave, descendía aun más, doblando apenas la hierba de los claros bajo el ligero volar de su nube.

El padre Mouret la contemplaba. Era aquella la hora en que más se complacía en la iglesia. Olvidábase del doloroso Cristo, el ajusticiado embadurnado de ocre y de laca, que agonizaba detrás de él, en la capilla de los Muertos. No tenía ya la distracción de la cruda claridad de las ventanas, de las alegrías de la mañana que entraban con el sol, de la vida del exterior, de los gorriones y de las ramas invadiendo la nave por los vidrios rotos. En aquella hora de la noche, la naturaleza ofrecíase muerta, la obscuridad tapizaba de negro crespón las blanqueadas paredes, la frescura poníale sobre los hombros un cilicio saludable; podía aniquilarse en el amor absoluto, sin que el cabrilleo de un rayo de luz, la caricia de un soplo o de un perfume, el batir de alas de un insecto, fuesen a apartarle de su gozo de amor. Su misa de por la mañana jamás le había producido las sobrehumanas delicias de sus oraciones de la noche.

Con los labios balbucientes, el padre Mouret contemplaba a la Virgen. Veíala venir a él, desde el fondo de su camarín de verdura, en creciente esplendor. No era ya un claro de luna extendiéndose sobre las capas de los árboles; a él le parecía vestida de sol, adelantándose majestuosamente, radiante, colosal, tan omnipotente, que sentíase a veces tentado de humillar la frente contra el suelo, para huir del resplandor de aquella puerta abierta en el cielo. Entonces, en aquella adoración de todo su sér, que hacía expirar las palabras en su boca, acordóse de las últimas que pronunció el Hermano Archangias, como de una blasfemia. Con frecuencia el Hermano le echaba en cara aquella devoción particular a la Virgen, que tenía por un verdadero robo hecho a la devoción de Dios. Según él, aquello debilitaba las almas, afeminaba la religión, creaba toda una sensiblería piadosa indigna de los fuertes. Sentía

rencor por la Virgen por el hecho de ser mujer, de ser hermosa, de ser madre; manteníase en guardia contra ella, pasto de sordo temor de sentirse tentado por su gracia, de sucumbir ante su dulzura de seductora.—“Le llevará a usted muy lejos”—gritó un día al joven sacerdote, viendo en ella como un principio de pasión humana, como una pendiente hacia las delicias de los hermosos cabellos castaños, de los grandes y serenos ojos, del misterio del ropaje cayendo desde el cuello hasta las puntas de los pies. Era la rebeldía de un santo, que separaba con violencia a la Madre del Hijo, al preguntar como éste: “Mujer, ¿qué es lo que hay de común entre vos y yo?” Pero el padre Mouret se resistía, se postraba y trataba de olvidar las rudezas del Hermano. Tan sólo el enagenamiento que le embargaba ante la inmaculada pureza de María, le hacía apartarse de la bajeza en que procuraba aniquilarse. Cuando al hallarse solo en presencia de la dorada Virgen, se alucinaba hasta el punto de verla inclinarse para darle sus cabellos a besar, se volvía muy joven, muy bueno, muy fuerte, muy justo, invadido por completo por una vida de tierno amor.

La devoción del padre Mouret por la Virgen, databa de su juventud. Muy niño, un si es no es zahareño, refugiándose en los rincones, se complacía en pensar que una hermosa dama le protegía, que dos ojos azules, dulcísimos, le seguían por do quiera, con una sonrisa. Con frecuencia, allá en la noche, habiendo sentido un ligero hálito rozarle los cabellos, contaba que la Virgen había ido a buscarle. Había crecido bajo aquella caricia de mujer, en aquel ambiente henchido de ropaje divino. Desde que tuvo siete años, satisfacía sus necesidad de ternura, invirtiendo cuantos sueldos se le daban en comprar imágenes de santidad, que ocultaba celosamente, para gozar solo a su sabor. Y jamás se veía tentado por los Jesús con el corderillo a cuestras, los Cristos en cruz, los Padre Eterno, inclinándose con su gran barba al borde de las nubes; volvía

siempre a las tiernas imágenes de María, a su pequeña boca sonriente, a sus delicadas manos extendidas. Poco a poco las fué coleccionando: María entre un lirio y unas devanaderas, María llevando al niño, como su hermana mayor, María coronada de rosas, María coronada de estrellas. Aquello constituía para él una familia de hermosas jóvenes, todas con un parecido de gracia, con el mismo aspecto de bondad, el mismo rostro suave, y tan jóvenes bajo sus velos, que, a pesar de sus nombres de madre de Dios, no tenía miedo de ellas como de las personas mayores. Parecíanle que tenían su edad, que eran las niñas con quienes le habría gustado encontrarse, las niñas celestiales con las cuales los niños muertos a los siete años han de jugar eternamente en un rincón del paraíso. Mas él era ya grave a la sazón; conforme fué creciendo, guardó el secreto de su religioso amor, dominado por exquisitos pudores de la adolescencia. María envejecía con él, siempre dos o tres años mayor que él, como cuadra a una amiga soberana. Contaba veinte años, cuando él sólo tenía dieciocho. Ya no le besaba por la noche en la frente; manteníase a algunos pasos de distancia, con los brazos cruzados, con sonrisa casta y adorablemente dulce. No la nombraba sino en voz muy queda, experimentando como un deliquio del corazón, cada vez que el tan querido nombre pasaba por sus labios, en sus oraciones. Ya no soñaba en los infantiles juegos, en el fondo del jardín celestial, sino en una contemplación continua, en la presencia de aquel rostro blanco, tan puro, al que no habría querido tocar ni con su aliento. Hasta a su misma madre le ocultaba que la amase con tanto ardor.

Después, pasados algunos años, cuando se vió en el seminario, aquella hermosa pasión por María, tan recta, tan natural, experimentó sordas inquietudes. ¿Era el culto de María necesario para su salvación? ¿No robaba a Dios concediendo a María una parte de su amor, la mayor parte, sus pensamientos, su

corazón, su todo? Preguntas que le turbaban, combatían interior que le apasionaba, que le ligaba más y más. Entonces se abismó en las sutilezas de su cariño. Entregóse a inefables delicias al discutir la legitimidad de sus sentimientos. Los libros de devoción a la Virgen le excusaron, le arrobaban, le llenaron de argumentos, que repetía con recogimientos de oración. Allí fué donde aprendió a ser esclavo de Jesús en María. Iba a Jesús por María. Y citaba toda clase de pruebas, distinguía y deducía consecuencias. María, a quien Jesús había obedecido en la tierra, debía de ser obedecida por todos los hombres; María conservaba su poder de madre en el cielo, en donde era la gran dispensadora de los tesoros de Dios, la única que podía implorarle, la única que distribuía los tronos. María, simple criatura respecto de Dios, pero elevada hasta él, se convertía por tal modo en el lazo humano del cielo con la tierra en la intermediaria de toda gracia, de toda misericordia; y siempre resultaba la conclusión de que era preciso amarla sobre todas las cosas, sobre Dios mismo. Luego venían las más arduas sutilezas teológicas, el matrimonio del Esposo celestial, el Espíritu Santo sellando el vaso de elección, colocando a la Virgen Madre en un milagro eterno, entregando su inviolable pureza a la devoción de los hombres; era la Virgen victoriosa de todas las heregías, la irreconciliable enemiga de Satán, la nueva Eva anunciada como debiendo aplastar la cabeza de la serpiente, la Puerta augusta de las gracias, por la cual el Salvador había entrado una primera vez, por la cual entraría nuevamente, en el último día, profecía vaga, anuncio de un papel aun más importante de María, que dejaba a Sergio bajo el ensueño de algún inmenso arrobamiento de amor. Aquella entrada de la mujer en el cielo celoso y cruel del antiguo Testamento, aquella figura de candor, puesta a los pies de la temible Trinidad, constituía para él la misma gracia de la religión, lo que le consolaba del espanto de la fe, su refugio

de hombre perdido en medio de los misterios del dogma, Y cuando, punto por punto y por extenso se hubo probado que ella era el camino de Jesús, fácil, corto, perfecto, seguro, entregóse de nuevo a ella, por entero, sin remordimientos; estudióse para convertirse en su verdadero devoto, muriendo para sí mismo, abismándose en la sumisión.

Horas de voluptuosidad divina. Los libros de devoción a la Virgen ardían en sus manos; hablábale en lenguaje de amor que humeaba como un incienso. María no era ya la adolescente velada de blanco, con los brazos cruzados, de pie a algunos pasos de su almohada; llegaba en medio de su esplendor, tal como Juan la vió, vestida de sol, coronada con doce estrellas, y con la luna a los pies; embalsamábale con su perfume celestial, le inflamaba con el anhelo del cielo, le arrebatava hasta en el calor de los astros que centelleaban en su frente. Lanzábase al encuentro de ella, llamándose su esclavo; y nada era más dulce que aquella palabra "esclavo", que repetía y saboreaba cada vez más, en su balbuciente boca, a medida que se anonadaba a sus pies, para convertirse en su cosa, en su nada, en el polvo desflorado con el vuelo de su ropaje azul. Decía con David: "María se ha hecho para mí." Y agregaba con el evangelista: "La he tomado para todo mi bien." Llamábale "Mi querida amante", y le faltaban palabras, llegando a un parloteo de niño y de enamorado, quedándole ya tan sólo el entrecortado aliento de su pasión. Ella era la Bienaventurada, la Reina del cielo celebrada por los nueve coros de los Angeles, la madre del hermoso afecto, el Tesoro del Señor. Las imágenes vivas se ostentaban, comparábanla a un paraíso terrenal, compuesto de tierra virgen, con jardines de virtuosas flores, de praderas verdes de esperanza, de torres inexpugnables por la fuerza de casas encantadoras de seguridad y esperanza firmes. Era todavía una fuente que el Espíritu Santo había sellado, un santuario en que la Santísima Trinidad hallaba su re-

poso, el trono de Dios, la ciudad de Dios, el altar de Dios, el templo de Dios, el mundo de Dios. Y él se paseaba en aquel jardín, a la sombra, al sol, bajo el encanto del follaje; suspiraba con el agua de aquella fuente; habitaba en el bello hogar de María, hallando en él su apoyo, ocultándose en él, perdiéndose allí sin reserva, bebiendo la leche de amor infinito que se desprendía gota a gota de aquel seno virginal.

Todas las mañanas, desde que se levantaba, en el seminario, saludaba a María con cien reverencias, con el rostro vuelto hacia el pedazo de cielo que distinguía desde su ventana; llegaba la noche se despedía de ella, inclinándose igual número de veces, con los ojos fijos en las estrellas. Con frecuencia, en las noches serenas, cuando Venus resplandecía soñadora en el templado ambiente, olvidábase de sí mismo, y dejaba escapar de sus labios, a modo de un ligero cántico, el *Ave Maris stella*, el tierno himno que le desarrollaba a lo lejos playas azules, una mar tranquila, rizada apenas con estremecimiento de caricia, iluminado por una estrella sonriente, tan grande como un sol. Y recitaba también el *Salve Regina*, el *Regina cæli*, el *O gloriosa Domina*, todas las oraciones, todos los cánticos. Leía el oficio de la Virgen, los libros de santidad escritos en su honor, el salterio de San Buenaventura, de tan devoto cariño, que las lágrimas no le dejaban volver las páginas. Ayunaba, se mortificaba para hacerle ofrenda de su carne lacerada. Desde la edad de diez años llevaba su señal de ciega adhesión, el santo escapulario, la doble imagen de María, cosido sobre tela, cuyo calor sentía en espalda y pecho, tocando a su piel desnuda, lo que le producía estremecimientos de felicidad. Más adelante había tomado la cadenilla, a fin de demostrar su esclavitud de amor. Pero su gran acto era siempre la Salutación angélica, el *Ave María*, la plegaria perfecta de su corazón. "Yo os saludo, María", y veía la adelantarse hacia él, llena de gracia, bendita

entre todas las mujeres; ponía el corazón a sus pies, para que, en la dulzura anduviera sobre él. Aquella salutación la multiplicaba y la repetía de cien maneras, ingeniándose para convertirla en más eficaz. Decía doce *Ave*, para recordar la corona de doce más, en memoria de sus catorce alegrías, y siete decenas en honor de los años que vivió en la tierra. Durante horas y horas pasaba las cuentas del rosario. Después, con gran extensión, en ciertos días de congregación mística emprendía la interminable murmuración del Rosario.

Cuando, solo en su celda, teniendo tiempo para amar, se arrodillaba en el suelo, todo el jardín de María brotaba a su alrededor, con sus elevadas florecencias de castidad. El Rosario dejaba correr entre sus dedos su guirnalda de *Ave*, interrumpida por el *Pater*, como una guirnalda de rosas blancas, mezcladas con lirios de la Anunciación, ensangrentadas flores del Calvario, estrellas de la Coronación. Adelantábase a paso lento, a lo largo de las embalsamadas avenidas, deteniéndose en cada una de las quince del *Ave*, y descansando en el misterio a que correspondía; quedábase extasiado de alegría, de dolor, de gloria, a medida que los misterios se agrupaban en tres series, los gozosos, los doloridos y los gloriosos. Leyenda incomparable, historia de María, humana vida completa, con sus sonrisas, sus lágrimas, su triunfo, que él vivía de un extremo a otro, en un instante. Y empezaba por entrar en el gozo, en los cinco misterios sonrientes, bañados con las serenidades de la aurora: eran la salutación del arcángel, un rayo de fecundidad desprendido del cielo, llevando el deliquio adorable de la unión sin mancha; la visita de Isabel, en una clara mañana de esperanza, en la hora en que el fruto de sus entrañas daba por la vez primera a María aquella sacudida que hace palidecer a las madres; el divino parto, sobre la paja en Belén, con la larga fila de pastores que iban a saludar a la maternidad divina; el recién nacido llevado al Templo,

en brazos de la parida, quien sonreía fatigada aun, y ya dichosa al ofrecer su hijo a la justicia de Dios, a los abrazos de Simeón, a los deseos del mundo; en fin, Jesús ya de más años, revelándose ante los doctores, en medio de los cuales su inquieta madre le encuentra, orgullosa de él y consolada. Luego, después de aquella mañana, de claridad tan suave, parecíale a Sergio que el cielo se cubría de repente. No andaba sino sobre espinas, se desollaba los dedos con las cuentas del Rosario, se encorvaba bajo el espanto de los cinco misterios de dolor. María agonizaba en su hijo en el jardín de los Olivos, recibiendo con él los azotes de la flagelación, sintiendo en su propia frente la dilaceración de la corona de espinas, llevando el horrible peso de su cruz y muriendo a sus pies en el Calvario. Las necesidades aquéllas de sufrimiento, aquel martirio atroz de una Reina adorada, por quien habría dado su sangre como Jesús, le ocasionaban una rebeldía de horror, que diez años de las mismas plegarias y de los mismos ejercicios no habían podido calmar. Pero las cuentas se deslizaban a la continua, un claro repentino se formaba en las tinieblas de la crucifixión, la resplandeciente gloria de los cinco últimos misterios estallaba con alegría de astro libre. María, transfigurada, cantaba el aleluya de la resurrección, la victoria sobre la muerte, la eternidad de la vida; asistía, con las manos extendidas, trastornada de admiración, al triunfo de su hijo, que subía al cielo, entre nubes de oro con franjas de púrpura; reunía en torno suyo a los Apóstoles, saboreando como en el día de la concepción, el ósculo del espíritu de amor, descendido en ardientes llamas; sentíase a su vez arrebatada por un vuelo de ángeles, transportada por blancas alas como arca immaculada, suavemente depositada en mitad del esplendor de los tronos celestiales; y allí, como gloria suprema, en claridad tan deslumbradora que apagaba el sol, Dios la coronaba con las estrellas del firmamento.

La pasión sólo tiene una frase. Al decir, una tras otra, las ciento cincuenta *Ave*, Sergio no las había repetido una sola vez. Aquel monótono murmurio, aquella palabra pronunciada sin cesar, semejante al "Yo te amo" de los amantes, se revestía cada vez de una significación más profunda; deteníase en ella y hablaba sin término con ayuda de la única frase latina, conocía a María toda entera, hasta que, al escaparse de sus manos la última cuenta del Rosario, sentíase desfallecer al pensar en la separación.

Muchas veces el joven había pasado por tal manera las noches, volviendo a empezar veinte veces las decenas del *Ave*, retardando siempre el instante en que habría de despedirse de su querido amor. Venía la aurora y balbuceaba aún. Era la luna,—decía para engañarse a sí mismo,—lo que hacía palidecer las estrellas. Sus superiores tenían que reñirle por aquellas vigiliias, de que salía languideciente, con la tez pálida, como si hubiese perdido sangre. Por mucho tiempo había conservado en la pared de su celda un grabado iluminado del Sagrado Corazón de María. La Virgen, sonriendo serena, apartaba su corpiño y enseñaba en el pecho un agujero rojo, en que su corazón ardía, atravesado por una espada coronada de rosas blancas. La espada aquella le desesperaba; ocasionábale aquel intolerable horror del sufrimiento en la mujer, cuya sola idea la echaba fuera de toda sumisión piadosa. Borró aquella espada, y tan sólo conservó el corazón coronado y resplandeciente, medio desprendido de aquella carne divina para ofrecerse a él. Entonces fué cuando se sintió amado. María le daba su corazón, su corazón viviente, tal como latía en su seno, con el rosado gotear de su sangre. Lo que allí había, no era ya una imagen de pasión devota, sino una materialidad, un prodigio de ternura, que, cuando rogaba delante del grabado, le llevaba a extender las manos para recibir religiosamente el corazón, desprendiéndose de aquel seno sin mancha. Sergio

lo veía, lo sentía latir. Y era amado, el corazón latía por él. Era como una locura de todo su sér, una necesidad de besar el corazón, de fundirse en él, de acostarse con él en el fondo de aquel pecho abierto. Ella le amaba por modo activo, sin reposo ocupada de él, siguiéndole por do quiera, evitándole las menores infidelidades. Amábale con ternura, más que todas las mujeres juntas, con amor celestial, intenso, infinito como el cielo. ¿En dónde habría encontrado una amada tan deseable? ¿Qué caricia terrenal podría compararse con aquel aliento de María en que él caminaba? ¿Qué miserable unión, qué deshonesto goce podrían parangonarse con aquella eterna flor del deseo, siempre creciente y sin descogerse jamás? Entonces el *Magnificat*, como una llamarada de incienso, se exhalaba de su boca. Entonaba el cántico de María, su estremecimiento de alegría a la aproximación del Esposo divino. Glorificaba al Señor que arrojaba a los poderosos de sus tronos, y que le enviaba a María, a él, pobre niño desnudo, que se moría de amor sobre el helado suelo de su celda.

Y, cuando lo había dado todo a María, su cuerpo, su alma, sus bienes terrenales, sus bienes espirituales, cuando se hallaba como desnudo ante ella, a fuerza de plegarias, las letanías de la Virgen surgían de sus abrasados labios, con sus apelaciones repetidas, encarnizadas, en un supremo anhelo de socorro celestial. Parecíale que subía un escalón, subía un peldaño más. Empezaba por llamarla Santa. En seguida llamábala Madre, purísima, castísima, amabilísima, admirabilísima. Y reanudaba su fervor, proclamando seis veces su virginidad y refrescándose cada vez la boca con aquella palabra de virgen, a la que agregaba ideas de poderío, de bondad, de fidelidad. A medida que su corazón llevábale a mayor altura, en las gradas de luz, una extraña voz partida de sus venas hablaba en él y so-

entreabría en esplendorosas flores. Habría querido fundirse en aromas, irradiarse en resplandores, expirar en musical suspiro. Mientras que la llamaba Espejo de justicia, Templo de la sabiduría, manantial de su goce, veíase pálido de éxtasis en aquel espejo, posternábase sobre las tibias losas de aquel templo, bebía a grandes sordos la embriaguez de aquel puro manantial. Y la transformaba aun más, dando rienda suelta a su locura de amor, para unirse a ella por vínculo más estrecho todavía. Convertíase en Vaso de honor elegido por Dios, en Seno de delectación en que ansiaba verter su sér, dormir para siempre. Era la Rosa mística, grande flor abierta en el paraíso, compuesta de ángeles rodeando a su Reina, tan pura, tan fragante, que la aspiraba desde el fondo de su indignidad con dilatación tal de alegría, que las costillas llegábanle a crugir. Cambiábase en casa de oro, en Torre de David, en torre de marfil, de inapreciable riqueza, de blancura envidiada por los cisnes, de talle esbelto, robusto, fuerte, al cual, con sus brazos extendidos, habría querido formar como una cintura de sumisión. Teníase en pie en el horizonte, era la Puerta del cielo, que entreveía tras de sus hombros, cuando un soplo de viento apartaba los pliegues de su velo. Tomaba mayor cuerpo aun detrás de la montaña, en la hora en que la noche palidece, Estrella de la montaña, socorro del extraviado viajero, aurora de amor. Y luego, en aquella altura, falto de aliento, no saciado aún, pero con palabras traicionando a las fuerzas de su corazón, ya no podía hacer sino glorificarla con el título de Reina, que le dirigía nueve veces como nueve golpes de incensario. Su cántico moríase de júbilo en aquellos acentos de triunfo final: Reina de las vírgenes, Reina de todos los santos, Reina sin pecado concebida. Ella, cada vez más alta, resplandecía. El, sobre el último peldaño, aquel a quien tan sólo llegan los familiares de María, permanecía un instante, desfallecido en medio del ambiente

sutil que le aturdía, demasiado lejos todavía para besar la fimbria de su ropaje azul, sintiéndose ya rodar, con el eterno anhelo de remontarse, de intentar aquel goce sobrehumano.

¡Qué de veces las letanías de la Virgen, recitadas en común, en la capilla, habían por tal modo dejado al joven, con las rodillas quebrantadas, con la cabeza vacía, como después de una gran caída! Desde su salida del seminario, el padre Mouret había aprendido a amar a la Virgen todavía más. Consagrábale aquel apasionado culto en que el Hermano Archangias olfateaba olores de herejía. Según él, la Virgen era quien había de salvar a la Iglesia, por medio de algún grandioso prodigio cuya próxima aparición maravillaría a la tierra. Ella era el único milagro de nuestra época impía, la dama celestial mostrándose a los pastorcillos, la nocturna claridad entrevista entre dos nubes, la orla de cuyo velo rozaba sobre las chozas del campesino. Cuando el Hermano Archangias le preguntaba brutalmente si la había visto alguna vez, Sergio se satisfacía con sonreír, apretados los labios, como para guardar un secreto. La verdad era que la veía todas las noches. Ya no se la ofrecía ni como hermana placentera, ni como hermosa y ferviente joven; llevaba vestido de desposada, con blancas flores en los cabellos, con los párpados medio entornados y dirigiendo húmedas miradas de esperanza que le iluminaban las mejillas. Y no dudaba que hacia él se dirigía, que le prometía no volver a tardar y que le decía: "Héme aquí, recíbeme". Tres veces al día, cuando sonaba el *Angelus*, al despuntar el alba, en la plenitud del medio día y a la tierna aparición del crepúsculo, él se descubría, decía un *Ave*, mirando a su alrededor, y observando si la campana no le anunciaba por fin la venida de María. Sergio tenía entonces veinticinco años y esperaba.

En el mes de Mayo, la expectación del joven sacerdote rebosaba de dichosa esperanza. Ni siquiera le

inquietaban los refunfuños de la Teuse. Si se quedaba hasta tan tarde rezando en la iglesia era con la inocente idea de que la dorada Virgen acabaría por bajar. Y sin embargo, temía a aquella Virgen, que se parecía a una princesa. No amaba a todas las Vírgenes por igual manera. Aquella le infundía un respeto soberano; era la madre de Dios; tenía la amplitud fecunda, la paz augusta, los fuertes brazos de la Esposa divina llevando a Jesús. Figurábasela así, en medio de la corte celestial, dejando arrastrar entre las estrellas la cola de su manto real, demasiado alta para él y tan poderosa, que caería hecho polvo, con sólo que se dignara bajar los ojos para mirar a los suyos. Era la Virgen de sus días de desfallecimiento, la Virgen severa que le devolvía la paz interior para la temible visión del paraíso.

Aquella noche, el padre Mouret permaneció más de una hora arrodillado en la iglesia vacía. Con las manos juntas, con sus miradas convertidas hacia la dorada Virgen elevándose como un astro en medio de los ramajes, buscaba el adormecimiento del éxtasis, el apaciguamiento de las extrañas turbaciones que había experimentado durante el día. Mas no se deslizó a la somnolencia de la oración con la dichosa facilidad a que estaba acostumbrado. La maternidad de María, tan gloriosa y pura como se revelaba, aquel esbelto talle de mujer formada, aquel desnudo niño que llevaba en sus brazos, le llenaban de inquietud, parecíanle continuar en el cielo el desbordante brotar de generación, en medio del cual se movía desde por la mañana. Como las viñas de los ribazos pedregosos, como los árboles del Paradou, como el humano rebaño de los Artaud, María llevaba la florescencia, engendraba la vida. Y la oración se retardaba en sus labios, entregábase a distracciones, viendo cosas que todavía no había visto, la agraciada curva de los cabellos castaños, la ligera prominencia de la barba, teñida de rosa. Entonces debía de hacerse más se-

vera, anonadarle con el esplendor de su omnipotencia, para atraerle a la frase de la oración interrumpida. Con su corona de oro, con su manto de oro, con todo el oro que la transformaba en una princesa terrible, fué con lo que acabó por último de aplastarle en su misión de esclavo, con la oración deslizándosele con regularidad de la boca, con el espíritu perdido en el fondo de una adoración única. Hasta las once estuvo como durmiendo despierto en aquel amodorramiento extático, no sintiendo ya sus rodillas, creyéndose suspendido, medido como el niño a quien se duerme, dejándose llevar al reposo, sin dejar de darse cuenta de un peso que le oprimía el corazón. En torno suyo la iglesia se llenaba de sombra, la luz de la lámpara se reducía a pavesa y los altos ramajes ensombrecían el barnizado rostro de la Virgen.

Cuando el reloj, antes de dar la hora, rechinó con dificultoso acento, el padre Mouret sintió un estremecimiento. No se había percatado de que la frescura de la iglesia le caía sobre los hombros. Púsose a tiritar. Al persignarse, un rápido recuerdo atravesó el estupor de su despertar; el castañetear de sus dientes trájole a la memoria las noches pasadas en el pavimento de su celda, frente al Sagrado Corazón de María, con el cuerpo agitado por completo por la fiebre. Levantóse con dificultad, descontento de sí mismo. Por lo común, dejaba el altar, con el cuerpo sereno, con la dulzura en su frente, con el sople de María. Aquella noche, cuando tomó la lámpara para subir a su habitación, parecióle que le estallaban las sienas; la oración había resultado ineficaz, y sentía, tras de corto alivio, el mismo calor más intenso desde por la mañana del corazón al cerebro. Después, llegado que hubo a la puerta de la sacristía, volvióse al instante de salir y alzó la lámpara, con movimiento maquinal, para tratar de ver por última vez a la Virgen. Hallábase como anegada en las tinieblas descendidas de las vigas, hundida en el follaje, dejando ver tan sólo la cruz de oro de su corona.